



TESTIMONIO

MARIA ANNA DE LOS NIÑOS NO NACIDOS

Por deseo de obediencia a mi padre espiritual, relato a continuación los acontecimientos que han marcado el nacimiento del proyecto relativo a “los niños que no nacieron nunca”, y que han dado un nuevo impulso a mi existencia.

El primer signo que no comprendí enseguida fue el que se imprimió en mi alma durante la primavera del 2008, cuando me encontraba adorando al Santísimo Sacramento, que estaba expuesto en el altar de la capilla del convento de las hermanas benedictinas en Peppange, Gran Ducado de Luxemburgo. Como una niña mimada, había pedido mil cosas al Señor, cuando me dí cuenta de que no era ésa la forma en la que se debía adorar. Entonces, me quedé silenciosa y le pregunté con toda humildad lo que Él esperaba de mí, ofreciéndole, al mismo tiempo todos mis sufrimientos. En el silencio de ese maravilloso lugar, el Señor me hizo escuchar en el corazón esta frase: “trabajarás para mí”. Yo no había comprendido nada, pero salí de la capilla feliz, animada, tranquila.

Todo empezó el día de la fiesta de la Divina Misericordia de 2008, con motivo de una de mis breves estancias Italia en casa de mis padres, donde voy con mis tres hijos en cuanto las vacaciones escolares lo permiten, con el fin de recibir un poco de amor y de serenidad, dado que he tenido que separarme de mi marido y que aquí, en Luxemburgo, estamos solos, asolados por tanto sufrimiento hasta el punto de que, desde hace años, intento vivir en el más total abandono en el Señor.

Algunos de mis amigos me invitaron, con insistencia, a participar en un grupo de oración que se llevaría a cabo en el domicilio de ciertos conocidos, sobre el tema de los niños abortados, niños que no nacieron nunca. Fueron muchas las dudas que me asaltaron entonces, dado que ese tema nunca me había interesado, no solamente porque nunca había estado implicado en una acción como ésa, sino porque, como la mayor parte de la gente, nunca me había planteado el problema.

Después de un período de reflexión en la oración, y habiendo superado algunas reticencias, decidí participar. Rezar con esas personas me complació enormemente y de inmediato.

Además del rezo del Rosario y de hablar de la grave herida social que es el aborto, un relato de un escritor italiano, un monje, fallecido hace 15 años, Carlo Carretto, bajo el título “La basura del hospital”, donde, con una poesía inaudita, contaba su encuentro con el pequeño ángel de un niño abortado. Leer que esos pequeños perdonaban, amaban y disculpaban casi a sus madres, a pesar del hecho de haber sido expulsados, me conmocionó. Empecé a tener afecto por esas minúsculas almas que nos tenían tanto que enseñar a nosotros los adultos.

De vuelta en Luxemburgo, por primera vez, ya no sentía el peso de la soledad, y en el curso de los días que siguieron, ciertos “acontecimientos” empezaron a marcar mi vida. El primero de ellos ocurrió una mañana, mientras conducía mi coche para ir a buscar a mis hijos a la escuela. Repentinamente, me sentí como “investida” por algo, como una luz, una sensación tridimensional invisible, que me atravesó el cuerpo por completo, hasta el punto de que, aterrizada, tuve que pararme al borde de la carretera para recuperar la respiración. En ese preciso momento, algo en mí me “dijo”, con una claridad absoluta, que hubiera debido ocuparme de los niños que no nacieron nunca y de sus madres. Pero, lo que no tenía claro, era el momento y, menos aún el porqué.

Ese mismo día, durante mi tiempo consagrado cotidianamente al rezo, en un cierto momento, tuve que dejar mis libros de lado para coger papel y pluma, y empecé a escribir frenéticamente, pero totalmente en paz conmigo misma. El resultado fue una especie de memorándum de argumentos a desarrollar y cosas a realizar en relación con el tema de los niños que no nacieron nunca y de madres que habían estado implicadas en el aborto. Había escrito cosas que tenía en mi memoria. Llamé inmediatamente a mi madre espiritual en Italia con el fin de recibir consuelo, porque estaba realmente confundida y se me respondió que ésa sería mi “misión” en la tierra, y que estaría tan ocupada en curar las heridas de otros, que olvidaría las mías.

A partir de ese día, y durante un cierto período de tiempo, empecé a conocer mujeres que habían abortado y que, quién sabe por qué razón, venían a contármelo, como si, inconscientemente, hubieran querido ser ayudadas. Informé también a mi padre espiritual de lo que estaba pasando y recibí igualmente apoyo y comprensión, y consintió tímidamente en interesarse por las extrañas inspiraciones que me asaltaban.

En cada momento libre y, sobre todo por la noche, cuando los niños dormían, empecé a trabajar para documentarme sobre el tema del aborto y descubrí, día tras día, informaciones interesantes, pero sobre todo oraciones maravillosas. Estaba claro que tendría que haber preparado documentación de oraciones para las madres y el camino a seguir fue confirmado por varias personas que conocí a partir de ese momento. Antes que nada tenía que despertar la conciencia de las madres, hacerles comprender, con delicadeza, la gravedad del acto realizado y proponer después la “vía de socorro”, recomendando, a través de la confesión y después la Eucaristía, la reconciliación con Dios y con sus propios hijos. Tenía que hacer comprender a las madres que no solamente tenía niños en la tierra, sino que también tenían en el cielo y que estos esperaban ser amados. Pero ¿cómo? Antes que nada, acordándose de ellos,

dándoles un nombre, bautizándolos con el bautismo de deseo, con el fin de estar seguros de hacerles llegar al paraíso, a partir del cual podrían de esa forma interceder por sus familias.

Empecé un trabajo de investigación apasionante. Era como seguir unas huellas. Cada cosa que necesitaba (información, confirmaciones, textos, personas por conocer) me llegaban en una sucesión tan precisa y regular que este hecho confirmaba en cada instante mi misión.

Empecé a ayudar a una mujer que me dijo que había sentido la “necesidad” de contarme que había abortado dos veces en el pasado, y con ella, puse a punto mi estrategia experimental de ayuda al prójimo. La considero como una perla preciosa. Sin ella, sin los inmensos milagros que el Señor realizó en ella, que, con una confianza y una determinación ejemplares, se hizo ayudar, yo no hubiera podido darme cuenta nunca de la potencialidad del proyecto. Nunca. Pero el Señor me otorgó la gracia de ver, con mis humildes ojos, ese milagro de “curación”, para hacerme trabajar finalmente en otros aspectos del proyecto, sobre todo en la creación de un grupo de oración.

Con ocasión de mis viajes a Italia, encontré de nuevo a la familia que me invitó el día de la fiesta de la Divina Misericordia, donde por primera vez se me abrió el mundo de los niños que no han nacido nunca. Aquí conviene hacer un pequeño paréntesis sobre esa pareja un poco especial... Me refiero en particular al marido que, durante un cierto tiempo, había recibido del Cielo el don de soñar cada noche con ángeles. A partir del inicio del año 2008, ángeles de diversas formas y bajo diversos aspectos, esferas de luz, ángeles de niños que no nacieron nunca, comenzaron a aparecer. Reclamaban atención, relataban su historia trágica y pedían amor. Solamente amor. En uno de esos sueños, la Virgen en persona pidió a la familia que rezara el Rosario por los niños que no han nacido nunca, especialmente los días 15 y 18 de cada mes.

En esas dos fechas especiales, algunas personas eran invitadas por la familia a participar en los acontecimientos extraordinarios. Puedo dar mi testimonio personal porque el 15 de mayo del 2008 tuve la oportunidad de participar en una de esos encuentros. Y fue la experiencia más emocionante de mi existencia. Cuando entramos en la sala donde teníamos que rezar, fuimos recibidos por perfume muy intenso de incienso, a pesar del hecho de que no había tal incienso en ningún lugar de la casa... Eran nuestros ángeles que expresaban su alegría de vernos allí reunidos. Durante el rezo del rosario vi, con mis propios ojos, encenderse suavemente muchas esferas luminosas, como fogonazos de luz intermitentes alrededor del dueño de la casa. Al final del rosario nos pidieron a cada uno que "llamáramos por su nombre" a los niños que habíamos bautizado con el bautismo de deseo, en el curso de las semanas precedentes, y yo recordé los nombres que la primera mujer a la que había ayudado había dado a sus pequeños abortados (Isabel y Francisco Pio) y, de esa forma, les saludé tímidamente y de pronto dos pequeñas esferas de luz, de una intensidad indescriptible, se colocaron a algunos centímetros de mí, como si me hubieran querido pedir que les ayudara a encontrar a sus mamás Con un impulso, decidí que me dedicaría a esas almas, que adopté en mi corazón, y a la de sus mamás, por supuesto. A partir de ese momento, a cada

paso que daba, me sentía como "acompañada" por la presencia de esos pequeños seres. Ya no me sentía sola.

Continuando mi tarea, comprendí que, para que el proyecto pudiera prosperar, debía fortalecerse necesariamente con la oración, la única fuerza, el cemento que une las piedras. Es por esa razón que realicé algunos libros de oración para su uso en el grupo de oración accesible a todos y activo por el momento en Luxemburgo. Creé una especie de estatuto de asociación de personas unidas en la oración y el apostolado llamada "Compañía de Niños No Nacidos". Por ahora el material ha sido difundido, además de en Luxemburgo, en Bélgica, Italia y Grecia.

Pongo todo en manos de Dios, segura de que Él desea que el proyecto continúe desarrollándose. Él me dará la posibilidad de hacerlo prosperar, como un niño concebido en el seno maternal. Actualmente, he logrado darle las gracias por todos los sufrimientos familiares, porque solamente a través de ese sufrimiento y estando en gracia de Dios, he recibido el don de esta misión, que me ha devuelto la vida y la fuerza, la sonrisa, la alegría y mucha serenidad hacia mis hijos, colaboradores inconscientes de su mamá.

Me he preguntado a menudo porqué me ha pasado todo esto a mí. Quizás he encontrado una respuesta, porque hay una cosa que nos une a mi y a mis 3 hijos a los ángeles de los niños que no han nacido nunca: a todos nosotros nos han tirado a la basura. Pero ninguno de nosotros se ha perdido. Cualquiera de nosotros, en la tierra o en el Cielo, somos útiles al Creador. De esta forma, deje de hacerme preguntas, teniendo la certeza de que el Señor se complace en utilizar los instrumentos más pobres, y, por tanto, me pongo entre sus Manos, como un niño confiado, sabiendo que solo con humildad y devoción mi vida tendrá un gran sentido cada día y que mis manos estarán llenas de dones que podré transmitir a los hermanos.

Doy las gracias a todas las personas que me ayudan, me apoyan y me empujan a continuar adelante, porque sin ellas no me hubiera atrevido nunca a proseguir este increíble camino. Que Dios bendiga a cada uno de ellos.